

ASTRID LINDGREN

¡VIOLENCIA, JAMÁS!



KÓKINOS



Título original: *Aldrig våld!*

© del texto: Astrid Lindgren 1978 / The Astrid Lindgren Company
Publicado por primera vez en 1978 por Rabén & Sjögren
Estocolmo, Suecia

© ilustración de cubierta: Ingrid Vang Nyman /
The Astrid Lindgren Company

© de la fotografía de Astrid Lindgren: Jacob Forsell

© de las fotografías de las guardas: Esther Rubio

© del prólogo: Marta Santos Pais

© del epílogo: Thomas Hammarberg

Para más información sobre Astrid Lindgren, ver:

www.astridlindgren.com



**ASTRID
LINDGREN**
COMPANY

© de esta edición: Kókinos, 2021

Carranza, 25. 28004 Madrid

www.editorialkokinos.com

Traducción de Miguel Ángel Mendo

Maquetación y diseño: Mont Soler

Impreso en Sagrafic, Barcelona

ISBN: 978-84-17742-45-4

Depósito Legal: M-109-2021

Impreso en España – *Printed in Spain*

Edición no venal. Prohibida su venta.

PRÓLOGO

Astrid Lindgren es una de las escritoras más conocidas de Suecia y una de las más leídas, y sus libros han sido traducidos a numerosos idiomas. Los convincentes mensajes de paz que contienen todos y cada uno de sus libros, películas y obras de teatro han influido en varias generaciones de niños y de adultos, tanto en Suecia como en el resto del mundo. Y su estimulante retrato de niños creciendo alegres y confiados en un clima de respeto a su dignidad, a salvo de la violencia y con el apoyo necesario para alcanzar sus sueños, sigue siendo una referencia en todo el mundo.

Astrid Lindgren dio a conocer su texto *¡Violencia, jamás!* en 1978 en Frankfurt, cuando recibió el Premio de la Paz de los Libreros Alemanes. En su discurso de aceptación recordó una historia sobre un niño que había hecho una travesura y al que su madre pidió que fuese a buscar una buena vara o un palo para castigarle. El chico tardó en volver y, llorando, dijo que no había podido encontrar un palo, pero que traía una piedra para que pudiese tirársela. Ella se abrazó a él, emocionada, y guardó

la piedra en un estante de la cocina como perenne recordatorio de una promesa que se hizo a sí misma: ¡Violencia, jamás!

En esencia, este relato resume la postura de la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño. La Convención es el tratado sobre derechos humanos más ampliamente ratificado de toda la Historia y sitúa la cuestión de una infancia libre de violencia en el centro de sus preocupaciones y objetivos. La protección contra la violencia es también uno de los compromisos fundamentales que la comunidad internacional ha prometido mantener con la adopción global de la Agenda para el Desarrollo Sostenible, que incluye el claro objetivo de eliminar toda forma de violencia infantil para el año 2030.

No es una coincidencia que Suecia, el país natal de Lindgren, fuera el primer país en establecer legalmente la prohibición del castigo corporal a los niños, en 1979. Y aunque no faltaron escépticos cuando fue introducida la ley, está científicamente demostrada la decisiva influencia que esta ejerció en el cambio de actitudes y conductas de los padres en la sociedad sueca. En la década de los sesenta más de la mitad de los padres mantenía una actitud positiva hacia el castigo corporal y el 95% admitía que lo utilizaba.

Eran épocas en las que los diferentes enfoques acerca de la crianza del niño consideraban el castigo corporal como método necesario de disciplina y como correctivo. Con el paso de los años, sin embargo, los

padres han asumido nuevos modelos educativos y han ido adquiriendo los conocimientos y la experiencia necesaria para asegurar el cuidado y protección de los niños sin recurrir a métodos violentos.

Desde aquella primera e innovadora ley sueca, ya hay en la actualidad más de cincuenta países cuya legislación prohíbe toda forma de violencia infantil, incluida la violencia doméstica, y muchos otros caminan en la misma dirección. Además, se hace cada vez más evidente el efecto nocivo que la violencia tiene en el desarrollo y el bienestar de los niños. Hay estudios muy sólidos que definen las mejores estrategias para prevenir la violencia infantil, basadas en firmes sistemas de protección social con apoyo a las familias e inversiones constantes en la primera infancia.

Ha habido avances significativos. Pero aún hay una gran brecha entre las normas y compromisos internacionales y la verdadera vida cotidiana de millones de niños. De hecho, la violencia infantil sigue siendo una realidad generalizada y omnipresente. Cada cinco minutos muere un niño víctima de violencia.

Mil millones de niños experimentan algún tipo de violencia emocional, física o sexual cada año, habitualmente a manos de personas que conocen, en las que confían y a las que aman. ¡La mitad de la población infantil!

La violencia no solo genera dolor cuando se produce, sino que deja cicatrices para toda la vida. Dificulta el desarrollo del niño, su capacidad de apren-

dizaje y su rendimiento escolar. Inhibe su capacidad para establecer relaciones positivas, provoca baja autoestima, trastornos emocionales, depresión, y a veces genera conductas de riesgo, autolesiones y comportamientos agresivos.

El impacto en las víctimas infantiles es intenso y duradero. Pero el coste que tiene en la sociedad es igualmente importante, pues la violencia limita el potencial del niño, ralentiza el crecimiento económico y compromete el desarrollo sostenible. El coste para la economía global puede llegar a los siete billones de dólares por año.

La eliminación de la violencia infantil puede contemplarse como una meta lejana, pero lo cierto es que no podemos permitirnos posponerla. Como Astrid Lindgren recalcó en su discurso de Frankfurt, «es muy alta la probabilidad de que los niños que crecen sometidos a la violencia la ejerzan también ellos de mayores».

Las investigaciones actuales confirman que un niño víctima de maltrato tiene un cincuenta por ciento más de posibilidades de participar a su vez en posteriores actos de violencia. Los niños con antecedentes de abuso físico o sexual poseen mayor tendencia a la agresión reactiva y verbal contra otros niños. El hecho de estar expuestos a la violencia también modifica la percepción que los niños tienen de sí mismos, pues los lleva a verse como seres indignos y a sentir a los demás como hostiles. Lo cual les induce a percibir amenazas donde no existen y

a perder el control de sus emociones y la capacidad de dominarse, lo que a su vez fomenta el uso de la agresividad para la resolución de sus conflictos.

En mi trabajo como Representante Especial de Naciones Unidas del Secretariado General sobre la Violencia contra los Niños, he tenido el privilegio de conocer a innumerables niños dispuestos a compartir su experiencia de la violencia a la que habían estado sometidos y los traumas sufridos que se vieron obligados a ocultar. Procedan de donde procedan y cualquiera que sea su edad, la denuncia es inequívoca: La violencia es uno de los grandes obstáculos que impiden el desarrollo infantil y es urgente acabar con ella. Como declaró recientemente un joven de Tanzania: «Vivir rodeado de violencia no es vivir».

La violencia, el miedo y la inseguridad son constantes preocupaciones que los niños comparten. Pero los niños, incluso aquellos que han vivido las más terribles pesadillas, siempre serán resilientes, generosos y optimistas, capaces de hacernos soñar con un mundo mejor y de transmitirnos la fuerza para conseguir cambios firmes y duraderos.

Poner fin a la violencia contra los niños es ante todo un derecho infantil. Y en la Agenda de 2030 de Desarrollo Sostenible, la comunidad internacional dispone de una hoja de ruta estratégica para poner fin a la violencia.

Es nuestro deber transformar esta oportunidad histórica en un movimiento imparable por un mundo



libre de miedo y de violencia para todos los niños. ¡Y tenemos que sentir la urgencia de esta necesidad!

Inspirados en el relato de Astrid Lindgren, mantengamos también una piedra en un estante visible de nuestro mundo global como un recordatorio permanente:

¡Violencia, jamás!

Juntos podemos conseguir un mundo de paz para los niños y garantizar un mundo en paz para todos.

Marta Santos Pais

Representante Especial del Secretariado General
de la ONU sobre la Violencia contra los Niños

Mayo de 2018

Queridos amigos:

Ante todo, daros las gracias, y os las doy de todo corazón. El Premio de la Paz de los Libreros Alemanes brilla con tan deslumbrante resplandor y recibirlo representa un honor tan grande que me tiemblan las piernas solo de pensar que lo tengo en mis manos. Pero aquí estoy, en el mismísimo lugar en que a lo largo de los años tantos hombres y mujeres sabios han declarado y expuesto sus esperanzas en el futuro de la humanidad y en una paz duradera como la que todos anhelamos. ¿Qué puedo decir que no se haya dicho ya, y mejor que lo que yo pueda decir? Hablar de paz es hablar de algo inexistente. No hay verdadera paz en ningún lugar de este mundo, y probablemente jamás ha existido más que como una meta que evidentemente siempre hemos sido incapaces de alcanzar.

Desde que los seres humanos habitamos este planeta, siempre hemos tolerado la violencia y la guerra, y la frágil paz que en ocasiones existe se ve constantemente amenazada.

En estos momentos el mundo entero vive atemorizado por una guerra que nos destruiría a todos. Es verdad, y hay que decirlo, que frente a esta amenaza hay más gente que nunca trabajando por la paz y por el desarme.

Podría considerarse algo esperanzador. Pero es tan difícil tener esperanzas... Hordas de políticos se reúnen en sus cumbres y no paran de hablar con

gran entusiasmo en favor del desarme; pero solo del desarme que quieren que otras naciones lleven a cabo. ¡Que se desarme tu país, no el mío! Ninguno quiere ser el primero en iniciar el desarme, y no se atreven porque tienen mucho miedo y muy poca fe en los propósitos de paz de los demás.

Y mientras las conferencias de desarme se suceden una tras otra, la realidad es que lo que se está produciendo es un vertiginoso rearme, y a una escala jamás vista en la historia del mundo. No es extraño que tengamos miedo todos, tanto si vivimos en el este como en el oeste, en el norte o en el sur, en una gran potencia o en un pequeño país neutral.

Sabemos que una gran guerra afectaría a toda la humanidad y que poco importaría si, al terminar, el montón de ruinas en el que hemos caído muertos es neutral o no neutral.

Tras miles de años de constantes guerras, ¿no ha llegado el momento de preguntarse si acaso en la naturaleza humana hay algún defecto que le empuja invariablemente a la violencia?

¿Estamos condenados a la extinción como resultado de nuestra propia agresividad? Todos deseamos la paz. Así pues, ¿existe alguna posibilidad de que algo fundamental en nuestra naturaleza cambie antes de que sea demasiado tarde? ¿Aprenderemos a rechazar la violencia? ¿Lograremos sencillamente llegar a ser un nuevo tipo de ser humano? ¿Pero cómo conseguirlo, y por dónde habría que empezar?

Creo que habría que empezar por lo más básico. Por los niños. Le habéis otorgado este premio de la paz a una escritora de libros infantiles, lo que significa que no esperáis de mí un amplio y variado repertorio de plateamientos políticos o de propuestas para la resolución de los problemas internacionales. Yo quiero hablar de los niños. De lo que me preocupa de ellos y de las esperanzas que deposito en ellos. Los niños de hoy son los que un día se harán cargo del funcionamiento del mundo, si es que queda algo de él. Serán ellos los que decidirán sobre la guerra y la paz y sobre el tipo de sociedad que desean tener... Si quieren una sociedad en la que la violencia siga aumentando o si prefieren que la gente viva fraternalmente y en paz. ¿Hay alguna esperanza de que puedan crear un mundo más pacífico que el que nosotros les hemos legado? ¿Y por qué hemos fallado nosotros tan estrepitosamente, con tan buenas intenciones como teníamos?

Aún recuerdo la conmoción que sentí cuando a una temprana edad me di cuenta de que las personas que rigen los destinos de las naciones y del mundo no eran en absoluto dioses con capacidades extraordinarias ni divino discernimiento. Eran seres humanos, con las mismas humanas debilidades que yo. Pero tenían poder, y en un momento dado podían tomar las más trascendentales decisiones en base a sus caprichosos estados de ánimo. Si las cosas se torcían, podía estallar una guerra por las meras ansias de poder de una sola persona, o por sus deseos

de venganza, o por vanidad, o por codicia, o —y este es el que parece uno de los motivos más comunes— por su exagerada fe en la violencia como solución a todos los problemas. Y del mismo modo, una sola persona buena y sensata podía evitar la catástrofe siendo buena y sensata y renunciando a la violencia.

De ello solo podía extraer una conclusión: el destino del mundo lo decidían personas individuales. Entonces, ¿por qué no todos eran buenos y sensibles? ¿Por qué había tantos que solo ansiaban violencia y poder? ¿El mal era algo innato en ciertas personas? No podía creerlo entonces y no lo creo ahora. La inteligencia y la capacidad intelectual sí es congénita, pero los niños no nacen con una semilla que automáticamente germina y se desarrolla hacia el bien o hacia el mal.

Lo que decide si un niño va a ser una persona cariñosa, abierta, íntegra, propensa a tener sentimientos comunitarios, o un lobo solitario, cruel y destructivo depende de quienes han traído al niño al mundo y le han enseñado el significado del amor... o han fallado en hacerle comprender lo que el amor entraña. «Überall lernt man nur von dem, den man liebt», dijo Goethe, y debe de ser cierto. «Solo aprendemos de aquellos a quienes amamos». Un niño que está rodeado de amor y ama a sus padres aprende de ellos su actitud amorosa hacia su entorno, y conserva dicha actitud el resto de su vida. Lo cual siempre será bueno, aunque él o ella jamás llegue a ser de los pocos que rigen los destinos del mundo. Pero si ese niño

o esa niña, en contra de lo esperado, acaba en efecto siendo uno de los que rigen los destinos del mundo, estaremos muy agradecidos si por su temperamento tiende más al amor que a la violencia. También el carácter de nuestros futuros estadistas y políticos se forma antes de su quinto aniversario. Ya sé que es una afirmación terrible, pero es cierta.

Si echamos la vista atrás todo lo que podamos y consideramos cómo han sido tratados y educados los niños a través de los tiempos, ¿no es cierto que lo normal es ver cómo han sido quebradas sus voluntades, tanto física como mentalmente, mediante alguna forma de violencia? ¿Cuántos niños han recibido sus primeras lecciones de violencia «von denen die man liebt», «de aquellos que amamos», de sus propios padres? ¿Y luego han transmitido esas mismas lecciones de generación en generación? «Si evitas la vara malcriarás al niño», nos exhortaba el Antiguo Testamento. Y un sinnúmero de madres y de padres han seguido esta enseñanza desde entonces. Han empleado a fondo la vara, pero le han llamado amor. Todos esos «niños malcriados» que hay en nuestro mundo de hoy, todos esos dictadores, tiranos, opresores, torturadores... ¿qué tipo de infancia tuvieron? Es algo que debería ser investigado. Creo que en la mayoría de los casos hubo un padre tiránico o la figura de un educador con una vara o un látigo en la mano.

La literatura infantil no carece de descripciones de tenebrosas infancias protagonizadas por tiranos hogareños que apalean violentamente a sus hijos

hasta el sometimiento y que, más o menos, arruinan sus vidas. Pero felizmente hay otros ejemplos.

Por fortuna siempre ha habido padres que han educado a sus hijos en un ambiente de amor y no violencia. Sin embargo, seguramente es cierto que solo a partir del siglo veinte los padres empezaron a considerar a sus hijos como sus iguales, y les concedieron el derecho a desarrollar su personalidad libremente en un ambiente familiar con criterios democráticos, sin opresión y sin violencia.

¿Cómo puede una evitar sentirse descorazonada cuando escucha el actual clamor que pide volver a los viejos métodos autoritarios? En estos momentos es una demanda que procede de diferentes lugares del mundo. La gente pide métodos más rigurosos y «atar corto» a los chicos, creyendo que con ello se logrará erradicar el desenfreno juvenil, que achacan al exceso de libertad y a la falta de rigor en la educación. Lo cual de hecho sería lo mismo que pretender expulsar al diablo con ayuda de Belcebú, que a la larga solo conduce a generar más violencia y a crear una más profunda y más peligrosa brecha entre las generaciones. La demanda de «métodos más rígidos» puede producir un efecto aparente que sus defensores podrían interpretar como un avance. Hasta que con el tiempo no les quedase más remedio que aceptar que la violencia engendra siempre violencia, como ha sucedido siempre.

A muchos padres les preocupará sin duda esta nueva tendencia y puede que se pregunten si lo han

hecho mal, si la educación antiautoritaria es censurable. Solo es censurable si está mal entendida. Educación antiautoritaria no quiere decir que el niño campe a sus anchas y haga lo que le apetezca. No significa que deba crecer sin un conjunto de normas... ni que las quiera. Ambos, niño y adulto, necesitan un conjunto de normas como marco de conducta para sí mismos, y los niños aprenden por encima de todo del ejemplo de sus mayores. Claro que los niños deben respetar a sus padres, pero que esto no nos lleve a error: los adultos también deben respetar a sus hijos, y no hacer mal uso de las naturales ventajas que poseen sobre ellos. Sería maravilloso ver a todos los padres y a todos los hijos en mutuo y amoroso respeto.

A los que claman pidiendo métodos más rígidos y atar corto a los hijos me gustaría decirles lo que me dijo una vez una venerable señora. Era una madre joven en los tiempos en que la gente aún creía en la idea de que «si evitas la vara malcriarás al niño». En el fondo ella no lo creía, pero un día su hijo hizo una travesura y ella decidió darle una buena paliza, la primera de su vida. Le dijo que fuera a buscar una vara flexible o un buen palo. El niño estuvo fuera mucho rato. Volvió al cabo del tiempo y anunció entre lágrimas: «No he encontrado ninguna vara, pero te he traído una piedra para que puedas tirármela». En ese momento la madre se echó a llorar también. Acababa de comprender qué era lo que había pasado por la cabeza de su hijo. Debió de pensar: «Mi mamá quiere hacerme daño, y con una piedra también puede

hacérmelo». Ella corrió a abrazarlo y estuvieron un buen rato llorando juntos. Luego puso la piedra en una estantería de la cocina, y allí la dejó, como perenne recuerdo de la promesa que en aquel momento se hizo a sí misma: ¡Violencia, jamás!

Pero si educamos a nuestros hijos sin violencia y sin atarles corto las riendas, ¿propiciaremos un nuevo tipo de ser humano capaz de vivir en un estado de paz eterna? ¡Solo un autor de libros para niños sería tan ingenuo como para creer tal cosa! Sé perfectamente que es una utopía. Y, por supuesto, que para lograr la paz habría que cambiar muchas más cosas en este pobre y enfermo planeta. Pero en estos momentos, incluso aunque no nos asole ninguna guerra, el mundo vive inmerso en la crueldad, la violencia y la opresión. Y es evidente que la mayoría de los niños no son ciegos ni sordos. Lo ven, lo oyen, lo leen y no les cabe la menor duda de que la violencia es algo natural en la realidad de nuestro mundo. ¿No es lo mínimo que podemos hacer? ¿Mostrarles con nuestro ejemplo en nuestras casas que se puede vivir de otra manera? Tal vez sea una buena idea poner una piedra en un estante de la cocina que nos recuerde siempre a nosotros y a nuestros hijos que: ¡Violencia, jamás!

Pese a todo, a la larga esto podría llegar a ser una pequeña contribución a la paz del mundo.

Discurso de Astrid Lindgren al recibir el Premio de la Paz
de los Libreros Alemanes
Frankfurt, 28 de abril de 1978





EPÍLOGO

Astrid Lindgren fue invitada a ir a Frankfurt en 1978 a recibir el Premio de la Paz de la Asociación de Libreros Alemanes, y con tal motivo a pronunciar un discurso, cuando sus libros para niños —y sobre niños— ya habían llegado a lectores de países muy lejanos a Suecia.

Sin embargo, el texto que había preparado no fue del gusto de sus anfitriones y le pidieron que no lo presentase. El mensaje que transmitía les parecía demasiado polémico. Su respuesta fue firme: si ella no podía exponer su propio punto de vista acerca de cómo edificar la paz para, con y desde los niños, no iría. Al final los anfitriones se retractaron y Astrid fue a Frankfurt y pronunció su discurso:

¡Violencia, jamás!

No es sorprendente que su mensaje generase controversia. Sus ideas sobre los derechos de los niños y las capacidades innatas que poseen estaban en aquellos momentos muy por encima de su tiempo. De hecho, aún hoy en día tampoco son aceptadas por muchas personas, incluyendo algunas que ocupan posiciones de poder.

En aquella época, en Suecia, Astrid era una de las principales defensoras de una ley contra el castigo corporal a los niños. No aceptaba que la violencia pudiera ser empleada contra ellos... bajo ninguna circunstancia. Los niños deben ser considerados como seres «no-agredibles». Los adultos deben respetar a los niños y ser capaces de explicar sus puntos de vista en vez de imponer sus opiniones de manera violenta. Porque —decía— los niños aprenden fundamentalmente del ejemplo de sus padres. Hizo también la crucial distinción entre educación antiautoritaria y desarrollo sin ningún tipo de normas. Los niños, igual que los adultos, necesitan una guía moral.

Los niños deben respetar a sus padres, pero ellos deben también respetar a sus hijos. Amor y respeto mutuo eran su ideal.

En realidad, el castigo corporal ya había sido prohibido en Suecia en los internados y en las instituciones de reclusión de los niños. En aquel momento la cuestión se centraba en el trato a los niños en otro tipo de contextos, incluido el familiar. Era bien sabido que muchos niños sufrían violencia doméstica por parte de aquellos adultos que se suponía debían protegerlos y cuidarlos.

Un año después de que Astrid presentara su discurso en Frankfurt, Suecia fue el primer país del mundo que adoptó una ley que prohibía el castigo corporal a los niños en todos los ámbitos, incluido el familiar. Otros países siguieron sus pasos. La

adopción y la amplia ratificación de la Convención de las Naciones Unidas de los Derechos del Niño ha impulsado aún más este movimiento.

UNICEF y otras organizaciones no gubernamentales, como Save the Children, han sido muy importantes en la promoción de este posicionamiento sobre los derechos del niño. A día de hoy, más de cien estados miembros de las Naciones Unidas han prohibido el castigo corporal a los niños o se han comprometido públicamente a hacerlo.

La atención se centra ahora en asegurar la aplicación de estas medidas y en conseguir que se suscriban a esta trascendental norma de derechos humanos universales a los gobiernos que aún no se han comprometido.

Indudablemente se han hecho progresos, pero aún hay muchos niños que sufren maltrato en todo el mundo. Lo triste es que los más vulnerables son los que tienen menos protección. Los señores de la guerra ignoran las leyes sobre derechos infantiles, las escuelas y los hospitales son bombardeados y algunos menores incluso son obligados a actuar como niños soldados. En los míseros campos de refugiados los niños tienden a ser mayoría, a menudo privados de instalaciones escolares. En los suburbios marginales y en las sociedades desestructuradas los niños se ven obligados a realizar trabajos peligrosos y están sometidos a otros tipos de explotación. La pobreza infantil está ampliamente extendida y muchas de las víctimas de abusos se-

xuales son menores, incluso en las llamadas sociedades desarrolladas.

Es importante dejar claro que estas constantes violaciones son el resultado de actitudes humanas. Derivan en gran medida de decisiones políticas, o de ausencia de decisiones que promuevan la justicia y el respeto a los derechos de los niños.

Las reformas legales para la protección de los niños son posibles, si hay voluntad política. Cuando fui miembro del Comité de los Derechos del Niño de las Naciones Unidas, constaté una y otra vez que los principales políticos de muchos países hacían oídos sordos al candente tema de la violencia infantil. Tenían otras prioridades.

He estado en prisiones donde hay menores confinados en las más duras y miserables condiciones, y cuando he presentado mis protestas ante los responsables, funcionarios del más alto nivel, he constatado que jamás han visitado esos lugares. Lo mismo sucede en las instituciones de internado de niños discapacitados. Son niños que se han vuelto invisibles.

Hay destacados líderes políticos que despliegan una elocuente retórica sobre el tema de la infancia, sobre todo en las campañas electorales, pero en la toma de decisiones importantes las buenas palabras tienen poco valor. El problema sigue estando ahí. La vital importancia del mensaje de la no violencia nunca acaba de ser comprendida del todo por los poderosos.

También hemos perdido la perspectiva a largo plazo. En su discurso de Frankfurt, Astrid señaló que la paz real y duradera comienza precisamente por el respeto a los derechos del niño.

La violencia tiende a pasar de generación en generación. Sabemos que las personas violentas suelen haber estado sometidas a la violencia ellas mismas o a otros abusos durante la infancia. Es un círculo vicioso que debemos romper.

También dijo que los niños de hoy son los que en el futuro tendrán a su cargo el funcionamiento del mundo. Lo cual hace aún más importante que las personas de las generaciones venideras tengan la posibilidad de ser amables, abiertas y confiadas.

Estas ideas generaron grandes controversias hace cuarenta años. Por supuesto, hoy en día están mucho más asumidas, pero su mensaje es aún enormemente relevante. Y sigue siendo valiosa su idea de que hay que rechazar la apelación a medidas disciplinarias más duras contra los jóvenes. Ella estaba convencida de que tal planteamiento sólo puede traer más violencia y una mayor y más peligrosa brecha entre generaciones.

Su voz es aún muy relevante.

Thomas Hammarberg

Asesor de Derechos Humanos y miembro del primer
Comité de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño

Mayo de 2018

SOBRE ASTRID LINDGREN

Astrid Lindgren nació en Näs, una granja de color rojo muy cerca de Vimmerby, en Suecia, el 14 de noviembre de 1907.

Es una de las escritoras de libros para niños más leídas del mundo y ha sido traducida a 107 idiomas.

Siempre estuvo del lado de la infancia, ese lugar que nunca quiso abandonar. A los niños les dio el poder de ser independientes y ellos siempre estuvieron de su parte.

Durante toda su vida se opuso a la injusticia y se convirtió en una de las más importantes creadoras de opinión.

Con 68 años escribió un artículo para el diario sueco *Expressen*, titulado *Pomperipossa en Monismania*, denunciando el sistema de impuestos sueco; la consecuencia fue la reforma de la legislación fiscal y la caída del gobierno de ese momento.

Gracias a ella se promulgaron leyes como la que se aprobó en 1988 contra el maltrato animal, conocida como «Ley Lindgren» en su honor, o la de 1979 contra la violencia infantil, que nace de su discurso «¡Violencia, jamás!».

Astrid Lindgren siguió subiéndose a los árboles durante toda su vida y nunca perdió la mirada de niña ni el humor.

Murió en su casa de Estocolmo, a los 94 años de edad, el 28 de febrero de 2002.

En Suecia, su figura y su literatura están en todas partes y es tal su importancia que su rostro aparece en los billetes de 20 coronas.

Fue un personaje amado y universal, tanto que una parte del cosmos lleva su nombre, ya que en 1978 un astrónomo soviético descubrió un asteroide y lo bautizó 3204 Lindgren en su honor.

Fueron muchos los libros que Astrid escribió, quizá los más conocidos sean la trilogía de Pippi Calzaslargas, pero hay que destacar otros personajes igualmente maravillosos e inolvidables como *Los hermanos Corazón de León*; *Mío, mi querido Mío*; *Ronia. La hija del bandolero*; *Karlsson el del tejado*; *Emil de Lönneberga*; *Los niños de Bullerbyn*; *Lotta...* La mayoría de estos títulos fueron llevados al cine por diferentes cineastas suecos. Astrid participó en muchos de los rodajes ayudando a transformar sus textos en imágenes.

Astrid Lindgren recibió más de cien premios a lo largo de su vida, como el Hans Christian Andersen en 1958, la Gran Medalla de Oro de la Academia Sueca en 1971, el Premio de la Paz otorgado por los libreros alemanes en 1978 y el Premio de la Unesco en 1993.

Hoy, uno de los galardones más importantes de la literatura infantil lleva su nombre. Se concedió por primera vez en 2003 y nos recuerda cada año que su memoria sigue viva.



**"SOLO APRENDEMOS DE AQUELLOS
A QUIENES AMAMOS".
GOETHE**

www.editorialkokinos.com

ISBN: 978-84-17742-45-4

